
Centenario de la batalla de Junín

Al promediar el año de 1823, la situación del Perú era desesperada y la causa de la independencia parecía perdida. Desilucionado por las contrariedades experimentadas, el Generalísimo y Protector don José de San Martín había vuelto a su patria, resuelto a retirarse a la vida privada; el brillante ejército organizado a costa de tantos esfuerzos y tantos sacrificios y enviado al Sur a órdenes de los generales Santa Cruz y Gamarra, había sido casi totalmente aniquilado, sin más resultado que el efímero triunfo de Zepita y el haber contribuido á afirmar la fama de invencible de que gozaba el ejército realista; dos gobiernos se disputaban el poder y sobre el país, aun no independizado del yugo español, se cernía la amenaza de la guerra civil; el resumen de la situación podía condensarse en breves palabras así: desastres militares en el Sur, anarquía y desquiciamiento en el Centro y Norte, desconsuelo en los patriotas, abandono de la causa por los vacilantes y jactanciosa soberbia de los realistas, pujantes y engreídos con sus victorias. En tan angustiosas circunstancias, todas las miradas y todos los pensamientos volvieron a fijarse en el hombre que, después de doce años de cruenta lucha, acababa de arrancar a la Corona de España tres de sus hermosos florones: el virreinato de Santa Fe, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito, formando con ellos la república de la Gran Colombia; el Libertador Simón Bolívar era el único capaz de sacar al Perú del caos en que se hallaba sumido por sus excepcionales dotes de carácter, por su pericia militar, por el prestigio de su nombre, por los auxilios que podía aportar la nación

recientemente libertada por su genio, y se renovaron los esfuerzos para conseguir que el Libertador viniese a ponerse al frente de los negocios públicos. Con la clarovidencia que tanto distinguió a San Martín, el Protector se había dado cuenta de lo valiosa e indispensable que era la cooperación de Bolívar para arrojar a los españoles del Perú, después de haberlos él expulsado de Chile, y a su llegada á Lima, uno de sus primeros cuidados fué escribir a Bolívar dándole cuenta del arribo de la expedición libertadora al Perú y pidiéndole su cooperación. Por su parte, el Libertador escribió al Protector desde Cali, en Enero de 1822, excitándole a un advenimiento que diera por resultado la unidad de la causa americana. Ambos libertadores debieron encontrarse en Guayaquil en Febrero de 1822, pero por razones ajenas a la voluntad de Bolívar, la entrevista quedó aplazada hasta Julio del propio año, en que tuvo lugar. El Libertador ofreció el concurso de Colombia para hacer la guerra a los realistas en el virreinato del Perú, pero la Junta de Gobierno compuesta de La Mar, Alvarado y Salazar y Baquijano, no tomó en cuenta los ofrecimientos de Bolívar. Sin embargo, los desastres de Torata y Moquegua hicieron cambiar de opinión al gobierno peruano, que había pasado a manos del coronel don José de la Riva Agüero, quien tomó el título de presidente de la república; y este mandatario no sólo aceptó, sino que pidió insistentemente el auxilio colombiano. Bolívar entonces ofreció el envío de 6,000 hombres, de los cuales 3,000 se embarcaron por lo pronto, quedando aplazada la salida de los otros 3,000 para cuando el Congreso de Colombia concediese el permiso correspondiente.

Mientras tanto, la situación se hacía más crítica en el Perú, y entonces el Congreso de este país envió una nota al de Colombia, suplicándole que acordara permiso al Libertador para que se ausentase al Perú, a fin de que en persona se pusiese al frente del ejército de la república. Enterado del contenido de esta comunicación, el Libertador dirigió al presidente del Congreso peruano la siguiente carta:



El Libertador Simón Bolívar

“Guayaquil, 25 de mayo de 1823.

Excmo. señor:

Nada puede expresar bastantemente los sentimientos de gratitud que me inspira la bondad generosa del Congreso de V. E. y del pueblo del Perú hacia mí, honrándome de un modo que me causa confusión. El Perú me ha juzgado capaz de servir á su libertad, y yo no puedo pagar esta confianza sino empleando todos mis esfuerzos en llenar tan lisonjeras esperanzas para mí. Ya habría volado a sacar mi espada por nuestros aliados y compañeros de armas, si un religioso respeto a la letra de nuestras instituciones no me hubiera detenido en la inacción que me atormenta, mientras mis hermanos están luchando con gloria por la santa causa de la libertad. Protesto a V. E. que inmortal impaciencia me fatiga día y noche al saber que el Perú está en peligro o combate por su existencia, y que yo no lo ayudo como soldado; pero esta impaciencia bien pronto será calmada, porque el Congreso de Colombia habrá tenido la dignación de oír mis súplicas y me habrá concedido, probablemente á esta hora, la satisfacción de pisar el territorio peruano.

“V. E. tendrá la bondad de transmitir al Congreso general del Perú los ardientes votos que me animan por la salvación de su patria, y mi decisión por servirla.

“Tengo el honor de ser de V. E. con la más alta consideración, obediente y ardiente servidor.”

BOLIVAR.

Mientras se hallaba el Libertador en Guayaquil esperando la resolución del Congreso de su patria para trasladarse al Perú, ocurrió un nuevo levantamiento de los pastusos y le fué necesario ir personalmente á dirigir las operacio-

nes, pues el general Juan José Flores había sido completamente derrotado por los rebeldes. Dominada la rebelión, el Libertador se encaminó de Pasto a Quito y de allí, á marchas forzadas, a Guayaquil, pues lo dominaba la obsesión de embarcarse para el Perú. Cuando llegó a Guayaquil, aun no estaba allí el permiso que le otorgaba el Congreso de Colombia para ausentarse del territorio de la república, y que eso alto cuerpo legislativo había acordado en 5 de Junio de 1823, debido a la interrupción de las comunicaciones con Bogotá, a causa de la insurrección de Pasto. El pliego llegó el 7 de Agosto, y tan vehementes eran los deseos del Libertador de venir a ayudar al Perú, que una hora después se embarcaba para el Callao. El viaje fué relativamente largo, y el 1º de Septiembre el Libertador desembarcaba en nuestro puerto en medio de general alborozo. "Desde que puso el pie en tierra, dice Paz Soldán, fué llevado en triunfo hasta la casa que se le tenía preparada en Lima".

Por entonces se hallaba reunido el Congreso peruano y al día siguiente de la entrada del Libertador, ese alto cuerpo dictó una ley dando a éste amplia autorización para que solucionase el conflicto entre los gobiernos establecidos en Lima y en Trujillo, es decir, entre las facciones de Torre Tagle y Riva Agüero, y no habiendo tenido éxito las gestiones llevadas a cabo con tal objeto, el Libertador resolvió dirigirse personalmente a Trujillo, para terminar con la anarquía por la persuasión o por la fuerza. El apresiamiento del primero y su destierro por el entonces coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, y el sometimiento del segundo a la autoridad del Libertador, hicieron innecesarias las medidas que éste proyectaba.

Solucionada la contienda civil, Bolívar hizo una gira por los departamentos de la Libertad, Cajamarca y Huaylas, visitando de paso a las tropas de Colombia que se iban reconcentrando en la ciudad de Huarás.

La traición de Moyano en el Callao ocurrida en la noche del 5 de Febrero de 1824 y la subsiguiente ocupación de esta ciudad por los realistas, agravaron aun más la situación y en tal emergencia el Libertador asumió los poderes.

dictatoriales que le había conferido el Congreso peruano en virtud de la siguiente ley:

“El Congreso Constituyente del Perú:

“ Usando de la soberanía ordinaria y extraordinaria que inviste, y considerando:

“1º.—Que faltaría a la confianza que ha depositado en él la Nación si no asegurase, por todos los medios que están á su alcance, las libertades patrias amenazadas, inminentemente, de perderse por los contrastes que ha sufrido la república.

“2º.—Que sólo un poder dictatorial depositado en una mano fuerte, capaz de hacer la guerra cual corresponde á la tenaz obstinación de los enemigos de nuestra independencia, puede llenar los ardientes votos de la Representación Nacional.

“3º.—Que atendidas las razones que se han tenido presentes, aun no es bastante para el logro del fin propuesto la autoridad conferida al Libertador Simón Bolívar por el decreto de diez de Septiembre anterior.

“4º.—Que el régimen constitucional debilitaría sobremedida el rigor de las providencias que demanda la salud pública fincada en que todas parten de un centro de unidad, que es incompatible con el ejercicio de diversas supremas autoridades, a pesar de los extraordinarios esfuerzos y de las virtudes eminentemente patrióticas del Gran Mariscal don José Bernardo Tagle, presidente de la república, a quien ésta debe en muchas partes su independencia, y cuyos conatos perfectamente uniformes con los del Congreso, están exclusivamente dirigidos al bien de la Nación;

“Ha venido en decretar, y decreta:

“1º La suprema autoridad política y militar de la república queda concentrada en el Libertador Simón Bolívar.

“2º. La extensión de este poder está, cual lo exige la salvación de la república”.

Bolívar se dió cuenta de las resistencias que podía encontrar una autorización tan amplia, y para desvanecer sus picacías y acallar murmuraciones, dirigió la siguiente proclama a la Nación peruana.

“¡Peruanos!.....Los desastres del ejército y el conflicto de los partidos parricidas, han reducido al Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un Dictador para salvarse. El Congreso Constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la Justicia, de la Libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás al Perú, y preferiría también vuestra pérdida misma al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar.

“¡Peruanos! Vuestros jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra independencia.

“Yo os declaro a nombre de Colombia, y por el honor sagrado del Ejército Libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararnos a la victoria, que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y vuestros magistrados.

“Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad, ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la Dictadura, y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú, y dejándoos la libertad—Cuartel general en Trujillo, 11 de Marzo de 1824.”

Entregándose, en seguida, con la mayor vehemencia, a la organización militar y administrativa del Perú. Libre, pues, Bolívar de toda restricción en el uso del poder, trasladó el cuartel general de Pativilca a Trujillo, cuya ciudad declaró residencia del gobierno y cuartel general del ejército, y

continuó con más ahinco la organización del ejército, para abrir campaña contra los realistas; las tropas colombianas se habían reconcentrado por orden suya en Huarás, mientras el Gran Mariscal don José de La Mar, también por mandato del Libertador, organizaba en Cajamarca una división peruana sobre la base de los 3,000 hombres que tenía Riva Agüero, restos, en gran parte, del ejército que perdió Santa Cruz en la campaña de intermedios.

En Marzo de 1824 estaba concentrado todo el ejército en el valle de Huarás, donde se trasladó el Libertador para pasar revista a las tropas, que sumaban 9,000 hombres bien armados y equipados, comandados por excelentes jefes. Con todo, no se creía suficientemente fuerte para vencer á los realistas, y el Libertador pidió auxilios á Colombia, haciendo ver el peligro que corría América si los españoles triunfaban en la campaña que iba á comenzar. En una carta dirigida al general Salom, futuro sitiador del Callao, á quien Bolívar había confiado el mando en el sur de Colombia, después de su victoria sobre los pastusos, le decía: "Si los intereses que van a decidirse en el Perú tuviesen sólo relación con este pueblo, el ejército que tenemos podría aventurarse contra el enemigo, porque sus resultados serían sólo extensivos á él; pero versándose los de toda la América, nada debe librarse á las probabilidades; y menos aun a la casualidad o a la fortuna. Todo ha de hacerse sobre principios sólidos y seguros; y esta es la razón porque se pide con tanto interés al sur de Colombia auxilios y refuerzos de todas clases".

Con igual objeto se dirigió a los gobiernos de Chile y Buenos Aires. A este último pidió dos o más buques de guerra, y la respuesta fué que no los tenía y que el Perú podía pedirlos a Europa o a los Estados Unidos. Chile hizo caso omiso del pedido; pero el Congreso colombiano lo tomó en cuenta, y pronto desembarcó una división de 1,000 hombres al mando del inmortal Córdova, en el puerto de Pacasmayo, y poco tiempo después, otra de igual número, al mando del coronel don Miguel Antonio Figueredo, tomaba tierra en el puerto de Huanchaco.

Bolívar había resuelto permanecer aún en el norte

esperando más refuerzos antes de moverse sobre el valle de Jauja, cuando un suceso inesperado ocurrido en el campo realista le obligó a modificar sus planes y abrir en seguida la campaña, aprovechando la brillante oportunidad que se le presentaba. Nos referimos a la defección del general realista don Pedro Antonio de Olañeta, en el Alto Perú, que obligó al Virrey a desprenderse de un cuerpo de 4,000 hombres para someter al rebelde. Al saber Bolívar estos sucesos, resolvió avanzar sobre el valle de Jauja, lo cual anunció al ejército con una vibrante proclama.

“En el mes de Junio, dice Páez Soldán, principió a moverse el ejército desde Huarás sobre Pasco, y a pesar de lo áspero del camino, que es uno de los más montuosos del Perú, lo atravesó sin el menor obstáculo y sólo sufriendo los contratiempos, privaciones y molestias consiguientes a una travesía tan larga por caminos tan frágiles. El ejército probó prácticamente su gran disciplina, el amor a la causa que defendía y el entusiasmo de que estaba poseído, debiendo todo a los buenos jefes y oficiales y al genio que los guiaba.”

En los últimos días de Julio, el ejército cruzó la cordillera por las escabrosas quebradas de Yanahuanca y Huariacaca, y llegó á Pasco, alojándose los cuerpos en las haciendas entonces llamadas de la Sacra Familia, Sacramento, Espíritu Santo, Trinidad, Concepción y otras, y el 1º de Agosto se halló concentrado en la Pampa del Sacramento. Allí se le dió esta organización para una posible acción general, que se creía inminente en el campo patriota, en vista de la proximidad del ejército de Canterac:

DIVISION DE VANGUARDIA

Comandante, el general de brigada José María Córdova.

Batallones de infantería de Colombia

Caracas (antes Zulia).

Pichincha.

Voltigeros (el antiguo batallón español Numancia):
Bogotá.

Caballería

Regimiento Granaderos de Colombia.
Escuadrón de Granaderos de los Andes.
Escuadrón Húsares del Perú.

DIVISION DEL CENTRO

Comandante, el Gran Mariscal don José de La Mar.

Batallones de infantería

Legión Peruana, Nº 1 de la Guardia, número 2 y 3.

Caballería

Primer regimiento de caballería del Perú (antes Coraceros).

Artillería

Seis piezas de artillería volante con su correspondiente servicio personal y material.

DIVISION DE RETAGUADIA

Comandante, general de división don Jacinto Lara.

Batallones de infantería de Colombia

Rifles.

Vencedor en Boyacá.

Vargas.

Caballería

Tres escuadrones de caballería de Colombia.

Jeje de estado mayor general: el general Andrés de Santa Cruz.

Comandante general de caballería: el general Mariano Necochea.

Comandante de la caballería peruana: el general Guillermo Miller.

Comandante de la caballería colombiana: el coronel Lucas Carvajal.

Acompañaban al ejército las guerrillas llamadas partidas sueltas, en número de 1.500 hombres, al mando del general Correa, que, unidos á los 7.700, que era el efectivo de los cuerpos de línea, sumaban 9.200 hombres.

Los españoles han exagerado grandemente este número, haciendo subir, en un cuadro publicado por el Conde de Torata a 6.638 hombres con 654 caballos, las tropas colombianas, y a 4.629 hombres, con 1.261 caballos, las peruanas, o sea un total de 11.267 hombres y 1.815 caballos para el ejército Unido.

El 2 de Agosto, el ejército formaba en línea de batalla en la Pampa del Sacramento, uniformado de gran parada para que el Libertador le pasase revista. La línea se extendía desde la hacienda de la Sacra Familia hasta la de la Concepción, y ocupaba la derecha la división colombiana del general Córdova; al centro estaba la del mariscal La Mar y a la izquierda la del general Lara. Era una bella mañana; el astro rey se mostraba benigno, y alegraba la llanura uno de esos soles que alumbran pero no calientan. A las 10 a. m., las trompetas de los regimientos anunciaban la llegada del Libertador y el ejército se aprontó a mostrarle su devoción y rendirle los honores que le correspondían. Bolívar se presentó acompañado de los generales Sucre, La

Mar, Santa Cruz y Córdova, y su presencia fué recibida con grandes muestras de cariño y de entusiasmo en las filas.

Como lo prescribían las ordenanzas militares de aquellos tiempos, los generales La Mar y Sucre, comandantes de los ejércitos del Perú y Colombia, respectivamente, saludaron militarmente al Libertador y le pidieron permiso para asumir el mando de sus respectivas tropas; luego cada uno de ellos fué a ponerse a la cabeza de su ejército, dando la voz de "orden de parada". Con el semblante rebozante de satisfacción, el Libertador recorrió las filas de aquellos bravos, que cuatro días más tarde habían de cubrirse de gloria en el llano de Junín, y que cuatro meses después habían de sellar para siempre, en las faldas del Kunturkunka la libertad del continente.

Terminada la revista, los generales Sucre y La Mar ordenaron a sus ejércitos la formación en columna cerrada, y poniéndose Bolívar al frente de las tropas, les dirigió la siguiente proclama:

"¡Soldados! Váis a completar la obra más grande que el Cielo ha encargado a los hombre; la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

"¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

"¡Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? N6! N6!! Vosotros sois invencibles.

"¡Viva el Perú! ¡Viva Colombia! ¡Viva la libertad!

Cuando el Libertador vino al Perú y comenzó a organizar el ejército para abrir la campaña contra los realistas, resolvió llamar a su lado al general don Mariano Necochea. Sabía Bolívar que los españoles se enorgullecían de su soberbia caballería, en que cifraban grandes esperanzas, y por

lo mismo era necesario crear una caballería patriota que fuese digna rival de aquélla. Se necesitaba un jefe capaz de realizar tal obra y de que, una vez realizada, quedase con el encargo de dirigir esa arma. Bolívar había adivinado en Necochea el hombre que necesitaba, y no trepidó en encomendarle tan delicada misión. Al abrir, pues, el Libertador la campaña de la Sierra, la caballería independiente formaba una masa respetable por su número, por su organización, y, sobre todo, por el espíritu que la animaba.

“Cada jinete, dice Miller, estaba armado con espada, lanza, y algunas veces con carabina, o un par de pistolas; pero tal era la escasez de hierro, que la mayor parte de sus armas de fuego se convertían en clavos y herraduras. Los caballos iban calzados de los cuatro pies, lo que no es común en la América del Sur, y los cubrían bien con mantas las noches que pasaron en la cordillera, por cuyos medios hicieron aquellas marchas sin pérdida de consideración. Con efecto, se mantuvieron casi tan gordos y lucidos como los caballos de la caballería española, que por más de un año habían estado mantenidos con alfalfa y maíz en el rico valle de Jauja y tratados con todo el cuidado que se emplea en Inglaterra con los mejores caballos. La mayor parte de ellos eran de raza chilena, tomados por los realistas en las victorias que habían alcanzado, pues no valdrían en el Perú menos de ciento y cincuenta duros españoles, y muchos eran de mayor precio”.

“La caballería patriota se componía, tal vez, de los mejores jinetes del mundo. Los “gauchos” de las Pampas, los “guasos” de Chile, y los “llaneros” de Colombia están todos acostumbrados a montar a caballo, desde la edad más tierna, tal es su habitual predominio sobre sus caballos, y tal su destreza, que la relación de una de sus fiestas a caballo, costaría dificultad el creerla. El gaucho que al gran galope no pudiese coger con la mano un duro del suelo, sería entre ellos considerado como un mal jinete.....”

“Los peruanos de la costa y del país de montañas no escabrosas, son poco menos diestros que los gauchos, y sor-



General Mariano Necochea

prende verlos bajar a galope por cuestas sumamente pendientes, con una facilidad y un aire como si fuesen por un llano. Los llaneros, nacidos en los llanos de Colombia, no son tal vez menos diestros en el manejo del caballo; pero no son tan airosos como los gauchos argentinos o los guasos de Chile”.

Vamos a permitirnos hacer una pequeña rectificación a estos párrafos del vencedor de Junín. Gauchos quedaban muy pocos en la caballería patriota; los que vinieron formando parte de los regimientos de Granaderos y Cazadores en el ejército de San Martín, unos sucumbieron en los combates, otros por las enfermedades contraídas a causa del clima en las alturas; no pocos cayeron prisioneros y muchísimos se dispersaron. En cuanto a los guasos chilenos, entre los 1,980 hombres que componían la división chilena de la expedición libertadora, como se sabe, no vino ningún cuerpo de caballería de ese país y los pocos chilenos con que Necochea completó la dotación de su regimiento antes de venir al Perú, corrieron la suerte que dejamos apuntada a los gauchos. En Junín, pues, no hubo caballería chilena.

Desde los primeros días del mes de Agosto la aproximación de los ejércitos realistas y patriota se iba haciendo a cada instante más pronunciada. En la mañana del 5, el general Canterac había avanzado hasta Carhuamayo, haciendo adelantar su caballería a Pasco; pero en lugar de encontrarse, como él creía, con solo una división patriota, se halló con que tenía al frente todo el ejército Libertador, que estaba reunido y avanzaba por la orilla opuesta del lago. Canterac se replegó en la noche de aquel día sobre su infantería, y el 6 continuó su retirada. Mientras tanto, el ejército de Bolívar continuó su marcha en prolongación de la extremidad sur del lago, con el propósito de cortar a los realistas, y al cabo de una marcha de cinco leguas por terreno montañoso, salir al llano. Los patriotas se hallaron frente al ejército realista, que a dos leguas escasas, marchaba por los llanos de Junín. La caballería patriota cambió inmediatamente las sillas de las mulas en que iba montada, a los caballos, que llevaban de tiro, para no maltratarlos,

adelantándose una legua de la infantería; por un algo que puede explicarse como un fenómeno de telepatía, Canterac había tomado igual determinación, avanzando su caballería a una legua de la infantería. A la cabeza de la patriota iba Bolívar en persona, sable en mano, y a la de la realista, el mismo Canterac. Constaba ésta de cerca de 1,400 hombres, era el orgullo del ejército español y se consideraba a la altura de la mejor caballería europea, llamándose invencible, y se componía de los regimientos "Dragones de la Unión" "Dragones de Lima", "Granaderos de la Guardia", "Húsares de Fernando VII", Escuadrón "San Carlos" y la guardia del virrey. La caballería patriota constaba de los "Granaderos de Colombia", mandados por el coronel Braun, "Húsares de Colombia" al mando del coronel Laurencio Silva, "Coraceros del Perú", un escuadrón de Granaderos a caballo o de los Andes, y un escuadrón de "Húsares del Perú."

Lleno de gozo Canterac por lo que consideraba un triunfo barato, formó su plan de ataque y lo puso en ejecución, poniendo en batalla los cuatro escuadrones de Húsares y los de Dragones de Lima, dejando de reserva a los Dragones de la Unión. Los patriotas solo llegaron a poner dos escuadrones en línea de batalla, quedando los demás formados en columna por mitades, sin lograr llegar a desplegarse, por la estrechez del terreno entre el cerro y un pantano. Canterac en persona dirigió la carga, poniéndose al frente de su caballería, y fué tan furiosa, que la caballería patriota quedó inmediatamente arrollada y puesta en dispersión. Antes de que ocurriese el choque de las masas, pensando Bolívar que se iba a entablar una acción general, se encaminó hacia donde estaba la infantería para tomar sus disposiciones, dejando el mando de la caballería al general Necochea.

Los jinetes de Canterac cayeron como una tromba sobre los mal preparados escuadrones patriotas y los arrollaron despiadadamente, alanceándolos y acuchillándolos sin compasión. La tierra temblaba con el furioso tropel de los caballos, no se escuchaba un tiro, solo se oía el choque de los aceros, las voces de mando y de aliento de los jefes y los ayes, lamentos y gemidos de los heridos. El comandante en jefe,

Necochea, rodó por el suelo al primer choque herido de siete lanzadas y fué hecho prisionero, sustituyéndole en el mando el general Guillermo Miller. La victoria se había pronunciado por la soberbia e invencible caballería realista; ya no había lucha, sino persecución y matanza; pero, de súbito, la situación cambia. Detrás del pantano había quedado el escuadrón Húsares del Perú, mandado por el teniente coronel argentino don Isidoro Suárez; los realistas habían perdido su formación y andaban dispersos, mezclados con los patriotas, en el encarnizamiento de la persecución de éstos, dejando al escuadrón de Suárez a retaguardia. Un rayo de luz ilumina a este jefe; se dá cuenta de la situación; resuelve aprovecharla, y con voz estentórea ordena ~~la~~ carga por retaguardia contra los victoriosos españoles. Sorprendidos los realistas, vacilan; de perseguidores se convierten en perseguidos, vuelven caras y huyen, sin que fuera parte a detenerlos los desesperados esfuerzos de sus jefes para restablecer el orden y volver al combate.

Hay varias versiones sobre la acción de Suárez; según una, considerando Miller perdida la batalla, envió al ayudante don José Antonio Rázuri, sampedrano, para que ordenase a Suárez que se replegase inmediatamente con su escuadrón sobre la infantería, y que, viendo la posición en que había quedado el escuadrón, a retaguardia de los realistas, había dicho a Suárez que la oportunidad era brillante para cargar, a lo cual había accedido este jefe, dando así la victoria. Según otra versión, el ayudante Rázuri, enviado desde el principio con una orden para Suárez, la había dado equivocadamente, y de esta equivocación había resultado el triunfo; nosotros nos inclinamos a creer la primera.

En los partes oficiales, abajo insertos, constan los resultados obtenidos por los patriotas con esta victoria, que hizo cambiar completamente la faz de la campaña, pues Canterac no estaba ya en situación de arriesgar una batalla general, sin contar en absoluto con tan poderosa arma.

Las disposiciones militares del general Canterac en esta acción de guerra, han sido criticadas, atribuyendo a su imprevisión la causa del desastre sufrido por la caballería el 6

de Agosto. El crítico militar español don Bernardo Escudero, en el "Diario de la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824, que terminó con la batalla de Ayacucho", se expresa así:

"El 6 de Agosto continuaba replegándose el general Canterac por las Pampas de Junín, cubriendo su retaguardia con la caballería en columna por mitades.....; venían de tras de él, a corta distancia, 400 ó 500 hombres, también de caballería enemiga, los dejó entrar en lo más ancho de la llanura, que por ser hasta entonces una gran ciénaga cubierta de verdor, no permitía marchar con más frente que el de una mitad.

"Cuando los tuvo ya en campo abierto, mandó desplegar, con el frente a retaguardia, a los suyos, y cargar al enemigo. Esta maniobra, ejecutada instantáneamente y con la mayor precisión, aterró a los de Bolívar, viéndose atacado de frente con resolución y flanqueados por ambos lados, por ser bastante mayor la caballería de Canterac. Huyeron, pues, casi sin hacer caso, y se les persiguió a larga distancia, causándoles muchas bajas en muertos, heridos y encienagados. Tal fué la primera parte de aquella jornada.

"El bizarro cuanto inteligente general Canterac maniobró así, a nuestro juicio, por un mal concebido desprecio por el enemigo y por creer que iba a habérselas con toda la caballería contraria. En cuanto a lo primero, no se comprende en un militar de su talla, no atribuyéndolo a un enajenamiento más o menos momentáneo, del cual podía padecer el general como cualquier otro. En cuanto a lo segundo, en un general que se retira con el enemigo a la vista constantemente y que debe conocer el número de las fuerzas contrarias, por lo mismo, tampoco es compensible, no atribuyéndolo a su mal espionaje, a su mal servicio de parte del Estado mayor, o a sus malos anteojos, lo cual no dice mucho en favor de la organización en campaña de las fuerzas que estaban a sus órdenes. Se había equivocado el general Canterac. No tenía a su vista toda la caballería enemiga cuando ordenó cargarla. Por una exigencia cualquiera del ser-

vicio, no se había reunido todavía a la caballería enemiga, en aquel día, un escuadrón, con el cual se encontraron los nuestros al dar la vuelta a una loma, cuando ya en dispersión, como sucede de ordinario en esos casos, continuaba persiguiendo a los que huían. Visto esto por Suárez, pues así se llamaba el jefe de ese escuadrón, no tuvo que hacer grandes esfuerzos a la vez para arrollar a nuestra caballería y perseguirla hasta echarla en desorden sobre la infantería española, lo cual produjo un fatal efecto moral en sus filas. La pérdida material que allí sufrimos no era de gran importancia. Si el general Canterac hubiera dejado, como debió hacerlo, a nuestro juicio, alguno o algunos de sus escuadrones en reserva, los resultados habrían sido contrarios a lo que fueron. Bolívar, a no ser un temerario, se habría mantenido a la defensiva desde aquel mismo día, y dentro de muy pocos quedaría destruido a poco que se le hostilizara. Los de Canterac continuaron replegándose por Tarma, Jauja, Huancayo, Huamanga, etc., sin que nadie osara hacerles forzar el paso. El general Bolívar entregó el mando a Sucre y se fué a Lima”.

En la relación que dejamos hecha de la acción de Junín, deliberadamente hemos omitido algunos detalles, dejando la narración de ellos a quienes tomaron parte activa en la batalla.

Herido el general Necochea al principio del combate, el mando recayó en el general Miller, en su calidad de jefe de mayor graduación del arma, y quien tenía a su cargo la comandancia de la columna de caballería peruana. Este jefe escribía a su hermano Juan, tres días después del triunfo, la interesante carta que vá en seguida:

Tarma, 9 de Agosto de 1824.

Mi querido Juan:

Ya habrás sabido por mis anteriores cartas que nuestro ejército, de cerca de diez mil hombres, avanzaba sobre el de

Canterac, que calculo que será un tercio menor en número. Este avanzaba desde Junín y llegó a Carhuamayo (7 leguas al sur de Cerro) el 5 del corriente, con la intención de atacarlos en detail, ignorando que nuestras divisiones se habían reunido en El Diezmo (7 leguas al S. O. de Pasco); situado aquí el Libertador marchó a lo largo de la orilla oriental de Reyes (ve el mapa de Arrowsmith) para estar a retaguardia de los realistas, en la banda oriental, cuya vanguardia llegaba cerca de Pasco. Entonces, toda su fuerza contramarchó repentinamente; pero nosotros lo alcanzamos por la tarde del día 6, dos leguas al sur de Reyes. Ochocientos hombres de nuestra caballería apresuraron su marcha y se les acercaron valerosamente, aunque quizás imprudentemente, hasta casi una o dos millas de las tropas de Canterac, que estaban desplegadas en batalla en una gran llanura, a 12,000 pies sobre el nivel del mar. Su caballería, de más de 2,000 hombres, formó líneas en columnas de un escuadrón cada una, y con dobles escuadrones por cada flanco y avanzó así:



Y nos encontró formados en columnas, que no tuvieron tiempo de desplegar, después de pasar un desfiladero:

Granaderos de Colombia

Granaderos de Buenos Aires

Húsares de Colombia

Escuadrones del Perú

(Cada raya se considera un escuadrón de cien hombres, formados en columna).



General Guillermo Miller

“El segundo y tercer escuadrón del Perú recibieron orden de flanquear la derecha del enemigo, cuando venía a distancia; pero éste se hallaba ya tan cerca, que no se pudo ejecutar el movimiento, y abriéndose por derecha e izquierda, nosotros (pues yo estaba a la cabeza) cargamos de frente a los dos escuadrones de la derecha del enemigo; el primero volvió caras, pero el segundo, en su retirada, nos flanqueó y nos puso en tal desorden, que nos retiramos corriendo corta distancia. En este momento crítico, el primer escuadrón (peruano, mandado por Suárez) vino en nuestro socorro; cargó al enemigo por retaguardia, lo persiguió y dió tiempo a que los escuadrones patriotas, que corrieron, se rehicieran y formaran. Esto hizo que el enemigo fuera cargado con nuevo ardor, y por último, completamente derrotado. Los granaderos de Colombia y Buenos Aires y los húsares de Colombia cargaron otra vez, y los dos escuadrones patriotas rechazados inmediatamente después, por el frente superior del enemigo, fueron dispersados. Reinó la mayor confusión y todo se hallaba perdido cuando la caballería peruana puede decirse que dió la ganancia del día. Debe decirse, sin embargo, que el mayor Braun, los coroneles Silva y Carvajal, jefes de la caballería colombiana, y el teniente coronel Bruiz, jefe de la de Buenos Aires, no abandonaron el campo, sino que estuvieron reuniendo considerable número de dispersos, y prestaron con esto positivos servicios, sin lo cual, los esfuerzos de los peruanos no hubieran tenido buen resultado.

“El Libertador dió las gracias en términos muy lisonjeros, en una orden general, a los Granaderos de Colombia y al primer regimiento del Perú, dando a éste el nombre de Húsares de Junín (nombre del campo de batalla) sin perjuicio de otras recompensas que S. E. daría después.

“Los españoles perdieron 250 hombres muertos en el campo de batalla, y 60 prisioneros, y se retiraron con gran confusión. Nuestra pérdida no pasó de 150, entre muertos y heridos. El regimiento Húsares de Junín tuvo 29 muertos y 40 heridos. Mi edecán, mayor Lizárraga, fué muerto a mi lado; recibió diez lanzadas. Pocas horas antes de mo-

rir formaba castillos en el aire, con la idea de visitar Inglaterra. Sowersby también fué herido y murió después.

Ni la infantería del enemigo, ni la nuestra se comprometieron en el combate: 330 hombres de nuestra caballería estuvieron a retaguardia y, por consiguiente, fuera de combate. Canterac se ha retirado a Huancayo, y no sabemos si allí hará alto: nosotros lo seguiremos mañana. Estoy inclinado a hacer algo de crítica, pero sería imprudente.

"El general Necochea fué gravemente herido, y por consiguiente, el mando de la caballería del ejército Libertador recayó en mí. Como toda mi atención está contraída a este nuevo empleo, mi mando o dirección de las guerrillas (de 1,500 hombres), ha cesado de hecho.

"El Libertador, los generales Santa Cruz y Gamarra, con su estado mayor, sin pasar el desfiladero, se formaron en una especie de llano pantanoso, y por el otro lado al pie de unas colinas, y presenciando la fuga de nuestras tropas en la primera carga, se retiraron rápidamente a una legua a retaguardia, donde la infantería estaba formada. Ellos creyeron por mucho tiempo que todo estaba perdido, hasta que un aviso que yo les mandé, escrito con lápiz en el mismo campo de batalla, fué la primera noticia que tuvo el general Bolívar de nuestra victoria; así es que poco después me dió un fuerte abrazo.

Este triunfo ha sido tanto más extraordinario, cuanto que al principio estuvimos completamente derrotados, y Canterac ordenó que su infantería avanzara, creyendo que nuestro ejército probablemente ya no existía. Yo estuve muy bien montado, quizás mejor que todos; debido a esto estuve en aptitud, sin mucho riesgo en realidad, para mezclarme entre los enemigos, cuando esto era la muerte para otro que tuviese un caballo menos brioso. Aquí, como en Arequipa, donde fuí vencido en 1823, algunos soldados españoles me reconocieron y me llamaron por mi nombre....."

Resuelto Bolívar a no permitir que el ejército realista se reorganizase, emprendió una activa persecución, pero la marcha de los españoles era tan rápida, que en pocos días

no paró hasta Hairi-Cachi, que quedaba a 32 leguas al sur del campo de batalla, y luego logró eludir la acción general y llegar al Cusco.

En Huancayo, Bolívar anunció al Perú los felices principios de la campaña contra los realistas, con esta patriótica proclama:

“¡¡Peruanos!! La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado bajo los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido, por consecuencia de este suceso, un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos abandonando las más fértiles provincias, mientras el general Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriótico y protector de la libertad.—
¡¡Peruanos!! Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú, el Ejército Unido y el ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo a los enemigos de América y a los propios suyos. El general Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana, y yo los considero como eminentemente beneméritos, acreedores a las mayores recompensas. Así, el Perú y la América toda deben reconocer en el general Olañeta uno de sus libertadores.—
¡¡Peruanos!! Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del Sol. El Cusco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado Reino de sus Incas. Cuartel general Libertador, en Huancayo, a 15 de Agosto de 1824.—

La noticia del desastre de la caballería española en el campo de Junín causó gran estupor en el cuartel general del virrey, y éste se apresuró a dictar medidas para concentrar todas las fuerzas españolas y hacer un supremo esfuerzo para vencer a Bolívar. Valdés, que se hallaba en el Alto Perú operando contra el rebelde Olañeta, recibió orden de regresar inmediatamente al Cusco. Iguales órdenes recibieron los cuerpos que guarnecían Arequipa, Puno etc. El virrey podía reunir fácilmente, una vez puesto en ejecución este plan, 14,000 á 16,000 hombres; a parte del ejército de

Canterac, contaba con 4,000 de Valdés, 3,000 del ejército del Sur, situado en Arequipa y Puno: 1,000 de guarnición en el Cusco y unos 2,000 empleados en otras atenciones. Mientras tanto, no podía ocultar su descontento y dirigió a Canterac la siguiente carta, que revela el estado de su ánimo.

EL VIRREY LA SERNA AL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO
DEL NORTE

"Mi estimado amigo Canterac:—

Considero a usted sumamente incómodo con la.....y cobardía de la caballería, que a la verdad merecía hiciese con ella un ejemplar; pero tengamos paciencia y vamos a ver si podemos remediar el mal que nos ha causado.

"De oficio he manifestado a usted cuanto creo conveniente por ahora; y así debe usted arreglarse a las circunstancias, que no son otras sino no comprometer cosa alguna y sí procurar ir conteniendo a los enemigos para dar tiempo a que llegue Valdés; como digo a usted de oficio, hago ya marchando hacia Puno la mayor parte de las fuerzas que llevé; así no se fie usted de palabras de ardor, pues repito que en nuestra actual situación necesitamos obrar con mucha circunspección para poder batir a Bolívar, que más hace con la intriga que con las armas. En este supuesto, demos tiempo al tiempo, que aunque se apodere del Valle, puede que consigamos batirlo luego que se reúna Valdés.

"Compadezco a usted, pues veo que lo ha comprometido la caballería; en cuya arma debíamos tener alguna confianza. Creo, como digo a usted de oficio, que, lo mejor, por ahora, es situarme en Andahuailas, pues nada se adelanta con ir a abrazar a usted este su siempre amigo que s. m. b.

"Pincos, 13 de Agosto de 1824.

José de la Serna.

"P. D.—A más de que considero que parque y todo lo embarazoso debe reunirse en Andahuailas y situarme yo allí, no me hallo en el día en disposición de emprender una campaña; y en fin, que tampoco lo hallo decoroso para usted. Mi amigo, vamos a ver lo que podemos hacer cada uno en su destino".

En el lugar donde van los puntos suspensivos en la carta arriba inserta, con desmedro de su alta investidura y de su propio decoro, el virrey emplea una palabrota tan sucia como aquella que, en un momento de ira, inmortalizó a Cambronne en Waterloo, dictada, seguramente, por el rencor que le producía la derrota de su caballería, que era el engrimiento de los realistas.

El oficio a que alude La Serna en esa carta, es decir, la palabra oficial para encubrir la verdad y animar a los vacilantes dice así:

"*Virrey del Perú*".—Según el parte que he recibido del Excmo. señor general en jefe del Ejército del Norte, nuestra caballería tuvo un choque fuerte con la que manda el caudillo Bolívar, el 6 de este mes, siendo nuestra pérdida de poca consideración y la del enemigo mucho mayor, pues murieron en la acción los generales La Mar, Necochea, el coronel Placencia, con varios jefes y oficiales. De resultas de ello ha tenido por conveniente dejar el Valle el señor general Canterac, para que los enemigos se internen hacia esta provincia, cuya operación el tiempo hará conocer lo mucho que vale para hacer desaparecer de este territorio al caudillo Bolívar, cuando verificada la reunión de todas las fuerzas que tengo dispuestas para ejecutar la campaña, se opere de un modo decisivo contra dicho caudillo, el que, con el auxilio de la Providencia, tendrá probablemente la misma suerte que Santa Cruz.

Lo digo a U. S. para su inteligencia y que no se dé oídos a las especies vagas, abultadas y falaces que esparcen los enemigos con su acostumbrada intriga.

"Dios guarde a usted muchos años.

Andahuailas, Agosto 11 de 1824.

José de La Serna

Ya hemos visto la palabra oficial española sobre la acción de Junín, y también la privada del virrey; aquélla llena de jactancia, a pesar de la derrota, y la segunda, llena de amargura. Veamos ahora la de los independientes, contenida también en dos documentos: el primero, el parte oficial del jefe de estado mayor general del ejército, general Andrés de Santa Cruz, al Libertador, aunque ese jefe no se halló presente en el combate por haberse replegado con Bolívar hacia la infantería; y el segundo, dando cuenta de la batalla al ministro general de negocios del Perú, está suscrito por el Secretario general del Libertador, general don Tomás de Heres.

Dice así el parte del general Santa Cruz.

“El Ejército Libertador reunido en las cercanías del mineral de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 del corriente, a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos, dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos.

Mientras que el ejército español marchaba por el camino de Reyes, el ejército Unido se movía por la derecha del río de Jauja con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y, no obstante, se continuó la nuestra por la misma ruta que llevábamos con la mira de interceptarnos en caso de que contramarchase informado de nuestra dirección.

S. E. el Libertador supo ayer en Conocancha que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña, al mando de Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S. E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos debían tocar en su retirada, pensando celebrar hoy el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú, porque S. E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la procuraba.

Por precipitado que fué nuestro movimiento, no pudimos lograr esta ventaja ni satisfacer los deseos del ejército;

los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible.

Al llegar a la altura que domina estas llanuras observó el Libertador que el enemigo seguía rápidamente para Tarma, aun estando nuestra infantería distante dos leguas del campo de Junín. En consecuencia, trató de retardarles la marcha presentándoles algunos cuerpos de caballería. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido general Necochea, comandante general de la caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde, al trote, hasta la llanura donde estaba el enemigo.

El general Canterac, confiado en la superioridad de su caballería, o bien obligado a batirse por no ser desordenado en su retirada, formó tres cuerpos, y por una brillante maniobra, cargó al galope la nuestra por el frente y por el flanco izquierdo.

Aunque inferiores en número é impedidos por la naturaleza del terreno para desplegar, nuestra caballería resistió la carga con el mayor denuedo. El choque de estos dos cuerpos fué terrible, porque ambos estaban satisfechos de su bizarría, ambos empezaron a acuchillarse, y por el momento éellos arrollaron algunos de nuestros escuadrones a tiempo que los Granaderos de Colombia, que formaban la cabeza de la columna y estaban en batalla, estimulados por el heroico ejemplo de su comandante accidental, mayor Braun rompieron la izquierda del enemigo. Los Húsares de Colombia, al mando de su coronel Laurencio Silva, y el primer regimiento del Perú, a las órdenes del señor Miller, sostuvieron el centro y la derecha.

El enemigo empezó a desordenarse, y los nuestros cargaron y lo acuchillaron por todas partes. Sus escuadrones, que poco antes contaban ufanos con destruirnos, dispersos por una inmensa llanura, ofrecían la más completa idea del desorden.

La caballería española fué destrozada y perseguida hasta las mismas masas de su infantería, que durante el combate estuvo en inacción, y se puso en completa fuga.

La pérdida del enemigo ha sido la de dos jefes, 12 oficiales y 245 hombres de tropa; 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos.

La nuestra ha consistido en 45 muertos y 99 heridos; entre los primeros, el capitán Urbina de Granaderos de Colombia; el teniente Cortés, del primer escuadrón del Perú y el sargento mayor Lizárraga, edecán del señor general Miller. De los segundos, el señor general Necochea, el comandante Sowerby, capitán Vargas y alférez Rodríguez del regimiento del Perú; el alférez Ferrer de Granaderos de Colombia; el teniente Allende de Granaderos de los Andes y el capitán Peraza, teniente Tapia y alférez Lanza de Húsares de Colombia.

Toda la caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de su fuerza, y su infantería, fugitiva, ha sufrido mucha dispersión, dejando en el tránsito algún armamento y varios útiles.

Ayer debió ser completamente destruido el ejército español si una tan larga como penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria, y si la noche, caminos difíciles y un terreno desconocido, no impidiesen haberla perseguido.

Tal ha sido el primer suceso de la campaña; algunos de nuestros escuadrones solamente han destruido la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército.

S. E. el Libertador, testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el día de ayer, recomienda a la admiración de la América al señor general Necochea, que se arrojó a las filas enemigas con una impetuosidad heroica, hasta recibir siete heridas; al señor general Miller, que con el primer regimiento del Perú flanqueó al enemigo con mucha habilidad y denuedo; al señor coronel Carvajal, que con su lanza dió muerte a muchos enemigos; al señor coronel Silva, que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo que estaba en desorden y rechazó los escuadrones que lo envolvían; al señor coronel Bruix, que con el capi-

tán Pringles, algunos oficiales y Granaderos de los Andes, se mantuvo firme en medio de los peligros; al comandante del primer escuadrón del regimiento de caballería de línea del Perú, Suárez, que condujo su cuerpo con la destreza y resolución que honrarán siempre a los bravos del Perú; al comandante Sowerby, del segundo escuadrón, que, gravemente enfermo, se arrojó a las lanzas enemigas hasta recibir una herida; al comandante Blanco, del tercer escuadrón; al comandante Olavarría, y al capitán Allende, del primer escuadrón del mismo regimiento; al bravo comandante Medina, edecán de S. E.; al capitán Camacaro, de Húsares de Colombia, que con su compañía tomó la espalda de los escuadrones enemigos y les cortó el vuelo de su instantáneo triunfo; a los capitanes Escobar y Sandoval, de Granaderos, y a los capitanes Jiménez y Peraza de Húsares de Colombia; a los tenientes Segovia y Tapia, y alférez Lanza, que con el mayor Braun persiguieron los escuadrones enemigos hasta su infantería. Sería, en fin, necesario nombrar a todos nuestros bravos de caballería si hubiésemos de mencionar a los que se distinguieron en este combate memorable, que ha decidido ya la suerte del Perú.

Cuartel general en Reyes, a 7 de Agosto de 1824.

Andrés de Santa Cruz.

RAZON DE LOS MUERTOS Y HERIDOS EN EL COMBATE

	Muertos		Heridos	
	Oficiales	Tropa	Oficiales	Tropa
Granaderos de Colombia.....	1	12	1	26
Idem de los Andes.....		8	1	16
Húsares de Colombia.....		2	3	6
Primer Regimiento del Perú...	1	20	3	43
Un edecán del general Miller...	1			
	3	42	8	91

Andrés de Santa Cruz.

Secretaría General.—Cuartel general en Reyes, sábado 7 de Agosto de 1824.—Al señor Ministro General de Negocios del Perú.

De suprema orden de S. E. el Libertador, tengo la satisfacción de anunciar a U. S., que ayer a las cinco de la tarde ha sufrido el Ejército español una terrible humillación en las llanuras de Junín, dos y media leguas de este lugar. La caballería, con cuya fuerza contaban principalmente los enemigos para sostener al Perú a la dominación española, ha sido batida de tal modo; que no volverá a ponerse en el campo de batalla. Informado S. E. de que los enemigos habían venido a buscarnos con toda su fuerza reunida, se puso en marcha con todo el Ejército Libertador desde Conocancha, con el fin de comprometer una batalla decisiva. Entre tanto, los enemigos, que habían avanzado hasta Pasco, volvieron sobre sus pasos a marchas forzadas, en consecuencia de las noticias que tuvieron de la dirección que seguía el ejército. S. E. contaba con forzarlos a una acción formal, situándose a su retaguardia por el camino que ellos debían llevar a Jauja; pero la precipitación con que marchaban, les proporcionó la dichosa casualidad de llegar, y aun pasar, del punto en que debíamos encontrarnos, algunas horas antes que nuestro ejército, que tuvo que hacer una jornada larga y por terreno escabroso y difícil. En este estado, observando S. E. que los enemigos continuaban sin cesar su retirada, y considerando, por otra parte, que se escapaba de entre las manos la ocasión de terminar de un solo golpe la penosa campaña en que nos hallábamos y decidir la suerte del país, resolvió adelantarse con la caballería al trote, mandada por el intrépido general Necochea, y situarla en la misma llanura que ocupaban los enemigos, esperando que aquéllos que nos habían buscado tan resueltamente, aprovecharían de la ocasión que se les presentaba de lograr sus deseos, o que sobre ellos, compremeterían una acción para salvar el todo de su ejército. Sea correspondiendo a estos cálculos, o por una ciega confianza en su caballería, los enemigos cargaron a la nuestra en una situación bien desventajosa para nosotros; el choque de estos dos cuerpos fué tremendo, y al fin después

de diferentes conflictos en qué ambas partes lograron la ventaja, la caballería enemiga, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fué completamente desordenada, batida y acuchillada hasta las mismas filas de su infantería, que durante la acción continuaba la marcha hacia Jauja y se hallaba muy lejos del campo cuando aquélla se decidió. Nuestra caballería ha mostrado un arrojo que mi pluma no alcanza a expresar, y que sólo puede concebirse recordando los siglos heroicos. El resultado de esta brillante jornada ha sido la de doscientos treinta y cinco muertos en el campo de batalla, entre ellos diez jefes y oficiales, más de 80 prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se han tomado más de trescientos caballos aperados, y el campo de batalla está cubierto de toda clase de despojos. Por nuestra parte hemos tenido fuera de filas sesenta hombres muertos y heridos; entre los primeros el capitán Urbina de Granaderos a caballo de Colombia, y al teniente Cortés del Primer Regimiento de caballería del Perú. Entre los segundos, al bizarro general Necochea, con siete heridas, aunque ninguna de cuidado, al señor coronel Carvajal de Granaderos a caballo de Colombia, al comandante Sowerby del segundo escuadrón del Primer Regimiento del Perú, al sargento mayor Felipe Brown y al capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia; el primero y los dos últimos levemente heridos, y el segundo, de alguna gravedad; entre la tropa hay pocos de riesgo.

Ayer se habría concluído la guerra del Perú si la infantería enemiga no hubiera continuado incesantemente su marcha al trote, y si la nuestra hubiese podido volar, como era necesario, para alcanzarla, porque todos ardían en deseos de destruir a los enemigos. Estos han quedado enteramente escarmentados, y su terror llega al extremo de que desde la madrugada de ayer no han dejado de marchar, ni aun de noche.

Mañana continúa el ejército sus operaciones, y me lisonjeo de que muy pronto felicitaré a U. S. y a todo el país por el suceso de ayer, que, por ser el primero de la campaña, presagia los más felices resultados. La tierra de los Incas,

regada con la sangre de sus opresores y oprimidos, ofrecerá bien pronto bellos campos en que se extienda el árbol precioso de la libertad; y muy pronto los vencedores de catorce años no dejarán a estos desgraciados habitantes sino los recuerdos de los horrores que aquéllos han cometido mientras la fortuna les ha lisonjeado.

Quiere S. E. que estas noticias las haga circular U. S. circular a todos los pueblos y autoridades del país.—Dios guarde a U. S.—*Tomás de Heres*, Secretario General interino.

Al tener conocimiento Bolívar por un aviso escrito con lápiz, que le enviara el general Miller, de que la victoria de la caballería patriota se debió a la oportuna intervención del escuadrón Húsares del Perú, exclamó: "Húsares de Junín, de aquí en adelante"; y al día siguiente salía confirmada esta disposición en la orden general del ejército anunciando a éste la noticia del triunfo. Posteriormente, durante el gobierno del Gran Mariscal Gamarra, se dictó una ley para que el primer cuerpo de caballería del ejército llevase siempre el nombre de "Glorioso Regimiento Húsares de Junín". Esta ley se ha cumplido hasta ahora, pero ¿por qué siguiendo el ejemplo de otras naciones, inclusive Argentina, con su famoso regimiento de Granaderos a Caballo organizado por San Martín, los Húsares de Junín no llevan el histórico uniforme que usaron en aquella épica jornada? Próximo a celebrarse el centenario de Ayacucho, creemos que sería de gran efecto el presentar a nuestros Húsares tal como lo estuvieron cuando ganaron la palma de la victoria en Junín.

El Congreso del Perú, en 29 de Marzo de 1828, dictó una ley otorgando una medalla a los vencedores de Junín, junto con otros premios a los vencedores en esa acción y en Ayacucho, y por decreto del vicepresidente de la república, que lo era entonces don Manuel Salazar y Baquíjano, se reglamentó la forma de la medalla, que consiste en un círculo de seis líneas de diámetro, cuya superficie esmaltada en blanco, lleva esta inscripción en letras negras—Batalla de Junín—"de su circunferencia saldrán cinco aspas o rayos iguales, esmaltados también, de rojo en el centro y de blanco en los extremos, con un laurel de oro entrelazado al rededor de ellos.

En el reverso habrá grabados dos sables enlazados con dos lanzas con banderas”.

El Congreso de Colombia concedió también condecoraciones por las batallas de Junín y Ayacucho.

En el campo de Junín, donde se libró esta gloriosa acción de armas, se ha levantado una columna de piedra para que recuerde a las generaciones venideras el heroísmo de las tropas libertadoras del Perú.

De los dos héroes de esta jornada, Necochea y Miller, la Nación agradecida ha erigido un soberbio mausoleo en el cementerio general de Lima al primero; pero los restos del segundo yacen olvidados en el protestante de Bellavista, y sería justo darles, como a los de Necochea, una tumba digna de ellos.

Lima, 6 de Agosto de 1924.

Carlos A. Romero